

## Dave Eggers

### El calor y Eduardo

#### PRIMERA PARTE

El hombre se llamaba Eduardo y vivía en Maine, solo. Disfrutaba de las estaciones rigurosas, no le importaban la nieve, el viento, la dificultad de caminar hasta el buzón. Dentro de casa, en invierno y otoño, solía vestir calcetines, pantalones, camisa y suéter y mantenía el termostato a 16 grados. Pero una noche tenía la ropa mojada y se la quitó. Había estado cortando madera, había alzado el hacha sobre su cabeza y provocado que una rama alta descargara sobre él casi tres kilos de nieve, espalda abajo, por dentro de los pantalones. De modo que en casa, en el salón, se quitó la ropa y la colgó a secar. Pronto se quedó desnudo y frío y, consciente de que tardaría un rato en volver a entrar en calor, giró a la derecha el seleccionador de temperatura, hasta 24 grados. La casa se caldeó enseguida y mientras Eduardo seguía buscando ropa para cambiarse cayó en la cuenta de que ya estaba caliente, todavía desnudo, sentado en el salón. Por diversión, continuó sentado en el sofá leyendo un libro, todavía desnudo, y descubrió que disfrutaba enormemente de la experiencia. Se preguntó por qué no lo había hecho antes; resultaba a la vez completamente natural y absolutamente decadente y decidió que en adelante lo haría todas las noches, leería desnudo en el sofá. Pero como la casa tenía que estar muy caliente mientras leyera desnudo, pensó, ello sin duda incrementaría de forma significativa el recibo de la calefacción. Eduardo no era rico, de ahí que esa primera noche exigiera ciertos cálculos. Después de terminar un capítulo del libro, se acercó al escritorio y, desnudo, calculó cuánto calor más haría falta al día para que la casa alcanzase los 24 grados necesarios durante las dos horas que suponía necesitaría cada noche. Calculó matemáticamente que llevar la casa a la temperatura

adecuada le costaría unos cinco dólares extras en gas, lo que elevaría la factura mensual de la calefacción ciento cincuenta dólares más de lo normal. Cosa que entristeció a Eduardo, puesto que sabía que no podía permitirse semejante subida. Paseó y frunció el ceño y caviló. Entonces tuvo una idea.

#### DE GRETCHEN Y DE GAULLE

Había un hombre, sentado en el aeropuerto Charles de Gaulle, que sabía que se le suponía escribiendo la segunda parte de un cuento sobre alguien llamado Eduardo que vivía en Maine y que quería leer desnudo en el sofá pero necesitaba resolver el problema de la financiación. Pero no podía acabar el cuento por culpa de dos grandes distracciones. La primera era la constatación de que ese aeropuerto parisino, o al menos la parte en la que en ese momento se encontraba en pleno proceso de pasar seis horas, estaba tan destartado, era tan viejo y estaba tan mal diseñado que el hombre no paraba de asombrarse y exasperarse y añorar Heathrow. Ese aeropuerto parisino carecía de servicios. No había asientos. No había teléfonos. E, inexplicablemente, el restaurante llamaba «patatas americanas» a las patatas fritas. Aquello no tenía arreglo. La segunda distracción, y la más absorbente para el hombre que escribía en el aeropuerto, era su consciencia de que había otra historia más acuciante todavía por contar. Esta otra historia más crucial trataba sobre un enorme calamar hembra llamado Gretchen que vivía en el mar Caspio y quería, más que nada en el mundo, ser contable. La familia de Gretchen siempre había apoyado sus aficiones e intereses, pero Gretchen sabía que sus padres jamás aprobarían que quisiera trabajar de contable para una gran consultoría o empresa de contabilidad internacional. Jamás entenderían su deseo de vestir un traje elegantemente confeccionado, zapatos de salón negros y gafas, de preparar las cuentas anuales de una empresa de la lista Fortune 500, de encontrar lagunas fiscales en lugares inexplorados. Era lo que quería por encima de todo —el traje, el despacho, los papeles y los ordenadores, las copas en un T.G.I. Friday's del centro después del trabajo— pero no sabía por dónde empezar. Desde luego, las mejores escuelas de contabilidad, por ejemplo, la Universidad de Illinois, no estaban acostumbradas a admitir a calamares gigantes en

sus cursos. E incluso si los padres de Gretchen consintieran, incluso si la escuela la admitiera como una especie de experimento en pro de la diversidad, sin duda se enfrentaría a discriminaciones y malentendidos. Los otros estudiantes se preguntarían, por ejemplo, si Gretchen agarraría a alguno de ellos en cualquier momento con sus poderosas ventosas y luego lo abriría con su pico como una cuchilla de afeitar para devorar después sus restos eviscerados. ¿Acaso podía garantizar ella que no lo haría? Desgraciadamente, no. Se le daban muy bien los números, sí, pero también era un calamar carnívoro gigante, y uno de un apetito voraz. No obstante, os animamos a que escribáis cartas de apoyo para que admitan a Gretchen en la escuela de contabilidad. Dirigid vuestra correspondencia a: Universidad de Illinois, Escuela de Contabilidad, Calle Green 34, Urbana, Illinois (61820), Estados Unidos. Gracias.

#### SEGUNDA PARTE

Su idea era la siguiente: ¿Y si se ponía calcetines? ¡Ajá! Los pies eran la parte del cuerpo que se le enfriaba más fácilmente, por tanto, si se ocupaba de ellos con unos buenos calcetines de lana, sin duda el resto de su cuerpo podría entrar en calor a, pongamos, 22 grados. Así reduciría la subida diaria a cuatro dólares y la mensual a 120. Pero seguía siendo demasiado. Se preguntó cuánto podía permitirse gastar en dos horas de lectura desnudo. Paseó y frunció el ceño, se mintió a sí mismo —100 dólares— y luego fue sincero: 80 dólares. Podía permitirse 80 dólares para dos horas de lectura nocturna desnudo. ¿Cómo conseguiría los 80 dólares? Podía pedirselos a su madre, que tenía setenta y muchos años y vivía en Cleveland, pero probablemente consideraría su petición una frivolidad. De modo que para conseguir los 80 dólares tendría que trabajar. Podría hacer un turno extra en el trabajo —hacía salchichas polacas— dos días a la semana para arañar los 80 dólares. Unos miles de salchichas más y tendría los 80 dólares, bien. Pero por 80 dólares lo máximo que podría subir el termostato sería a 19 grados, lo que, bien pensado, sería un poco frío para los hombros, que después de los pies eran sus miembros más sensibles al frío. Vale, pues entonces: una especie de chal. Podía ponerse los calcetines de lana en los pies y algún chal de lana sobre los hombros, dejando el resto de su ser desnudo y contento a 19 grados. Así que a la

noche siguiente probó los 19 grados y le resultaron algo fríos no sólo para hombros y pies, sino para la parte superior de los muslos. La parte superior de sus muslos no estaba precisamente a gusto y, cuando ésta no estaba precisamente a gusto, leer desnudo no resultaba placentero. De modo que añadió su gata, una cosa voluble y sarnosa llamada Condoleeza, al plan. Condi se sentaría sobre sus muslos, se los calentaría. Los calcetines le cubrirían los pies y el chal, los hombros. Sí, perfecto. Pero no. Condi no obedecía. Condi quería sentársele en la cabeza. Sin embargo, la cabeza de Eduardo no tenía frío. Eduardo presentó sus argumentos a Condi, que se mostró intratable. La gata dibujó una especie de mueca felina desdentada y se alejó. Afortunadamente Eduardo tenía velcro. Agarró a la gata, se pegó una tira ancha de velcro en cada muslo y descubrió que el basto pelaje de Condi —no se bañaba— se enganchara con fuerza al velcro. Y de este modo, Eduardo se acomodó: con el termostato a 19, los calcetines en los pies, un chal sobre los hombros y Condi pegada a los muslos. La gata no estaba contenta, Eduardo estaba en la gloria.